

mamos que de ciertos párrafos de las cartas transcritas se deduce también claramente el sacrificio del hermano de la citada niña.

Por oscuros que fueran algunos de los defensores de la independencia, no deben pasar en silencio, máxime si ofrendaron la vida en aras de la patria. Con íntima complacencia agregamos hoy a la lista de los mártires estos dos nombres: LUIS PADILLA, PIO PADILLA.

JOSÉ MARÍA RESTREPO SAENZ
Bachiller en filosofía y letras del Colegio.

MONTECRISTO

Cuando acabó Damián la carrera de medicina, le escribió su padre diciéndole:

«Vente al pueblo a ejercer tu profesión. Aquí no encontrarás grandes riquezas; pero con lo que ganes con tu trabajo, y con la pequeña hacienda que has de heredar a mi muerte, tendrás lo suficiente para vivir en una modesta holgura, honrado y querido como lo han sido tus abuelos.»

Pero Damián tenía aspiraciones mucho más grandes. ¡El, ir a vegetar ignorado y miserable en un villorrio! ¡El, que había nacido para ser rico, poderoso, y para brillar en medio de los escogidos por la suerte! ¡Jamás! Madrid podía sólo ofrecerle medios de llegar a la realización de sus sueños; Madrid era, pues, su campo de operaciones.

El ejercicio de la medicina no le lisonjaba, porque le parecía muy difícil y lento llegar a hacerse médico famoso. Sería necesario, por ejemplo, empezar de alumno interno en un hospital, pasar malas noches y ver miserias continuamente en derredor. No había nacido él para tan bajos fines.

Damián no era tonto y tenía grandes aptitudes para las bellas artes. Empezó a pintar por entretenimiento, y sus amigos y compañeros le alentaban augurándole un porvenir brillante.

Pasaron varios años sin que el artista-médico supiera a qué carta quedarse, y al cabo su padre le retiró la modesta pensión que le enviaba, creyendo que así le obligaría a ir a su lado. Pero él había de ser rico. ¿Cómo? No lo sabía; sólo sabía que en su pueblo no había de conseguirlo.

Viéndose sin recursos, se dedicó a pintar tablitas hechas a la ligera, que vendía a bajo precio a los comisionistas que van ofreciéndolas de café en café. Si esto no le daba mucho dinero, en cambio le costaba poquísimo trabajo, y con ello podía ir viviendo hasta que se le presentara la fortuna a ofrecerle sus dones; porque tenía por cosa segura que había de presentársele cuando menos la esperara.

Pero la deseada visita tardaba más de lo conveniente, y entonces empezó Damián a quejarse de su suerte y a maldecir de la sociedad que le tenía postergado y olvidado, y que no le tendía una mano protectora en pago sin duda de los buenos servicios que él hasta entonces le prestara. La sociedad es una grandísima egoísta, que no se toma el trabajo de buscar por el campo las cigarras para darles el premio de sus canciones.

Cuando al atravesar una calle se veía obligado a detenerse para dejar pasar el carruaje de un rico, sentía en sus manos crispaturas nerviosas, y sus ojos fulminaban horribles maldiciones.

Un día volvía a su empinada buardilla más triste y desesperado que nunca. Había ido a vender una de sus tablitas a una famosa cortesana, a quien halló ro-

deada de cuantos muebles y cachivaches pueden imaginar la moda, la voluptuosidad y el capricho.

—¡Y no he de llegar a tener mujeres como aquella y un palacio que ofrecerlas para que hagan de él su templo!

Esto iba pensando cuando subía peresosamente los ciento y pico de escalones que conducían a su morada.

Aquella noche no pudo dormir; dando vueltas a uno y otro lado de su catre, comparaba el miserable ajuar de su habitación con el de la casa donde había ido a llevar por miserable precio el fruto de su trabajo de una hora.

De tales meditaciones vino a sacarle la voz lastimera de un hombre que cerca de allí se quejaba. Puso oído atento y oyó que el vecino continuaba quejándose y que a poco, a los ayes del dolor sucedieron gritos en demanda de socorro.

—Otro desdichado como yo—pensó Damián—e impulsado por un sentimiento de compañerismo, se puso su ropa precipitadamente y salió al descanso de la escalera, en donde la voz dolorida le guió hasta otra buardilla contigua a la suya. Empujó la puerta, que cedió sin gran resistencia, y se halló en un chibiritil semejante al suyo; tendido en el suelo, junto a una cama cuyas ropas estaban en completo desorden, vio a un hombre enjuto y demacrado que trataba de levantarse inútilmente.

—¡Por Dios, levánteme usted de aquí!—dijo el desgraciado tendiéndole los descarnados brazos.

Damián cogió en peso al desconocido, le colocó en la cama, puso en orden la ropa y le cubrió con ella.

—Gracias, caballero, gracias; ha hecho usted una verdadera obra de caridad. Estoy enfermo, muy enfermo; acaso me quedan poquísimas horas de vida....

Hace poco pude conciliar el sueño, que había huído de mí; pero ha sido tan agitado, que hubiera preferido una vigilia eterna. Al despertar me he encontrado en el suelo, yerto y dolorido, y no tenía fuerzas para levantarme. Sufro mucho, caballero... ¡Pero a qué voy a molestar a usted con lamentaciones inútiles! Retírese usted a descansar y cuente con mi gratitud. Retírese usted, y si puedo, ya tendré el gusto de devolverle su visita.

—No, señor; usted está malo y necesita usted quien le ayude. ¿Tiene usted familia o amigos? ¿Quiere usted que avise a alguien que venga a asistirle?

—No, señor; estoy solo en el mundo, pues aunque tengo personas muy allegadas y muy queridas, todas me han abandonado, y sería inútil ir a pedirles auxilio para el pobre anciano. Retírese usted, amigo mío. Ya ha hecho usted cuanto podía hacer por mí. Mil gracias y buenas noches.

Insistió Damián en quedarse y el viejo en que se fuera, y al fin salió de la triste morada prometiendo al enfermo volver a verle por si podía serle útil en algo.

Repitió sus visitas, cuidó al pobre anciano valiéndose de lo poco que había aprendido de medicina y notó que el enfermo se le iba aficionando y aun teniendo con él alguna confianza.

—Joven caritativo—le dijo un día el moribundo, en tono misterioso—usted, que es médico, habrá comprendido ya que me quedan muy pocas horas de vida. Se ha portado usted conmigo como nunca se ha portado mi propia hija... Sí, señor, yo tengo una hija... Le debo a usted entera confianza... Yo no soy lo que parezco. Debía ser ahora presidente de la república de Méjico; pero vendido y acusado por falsos amigos, tuve que emigrar a España... Soy inmensamente rico; pero al abandonar mi país tuve que enterrar toda mi

fortuna para no infundir sospechas. Muerto yo, esa fortuna quedará ignorada y sin dueño si usted no quiere aceptarla.

Al oír aquella inesperada revelación, Damián creyó que soñaba; veía que estaba próximo a ver realizadas todas sus ambiciones, y que al fin la fortuna iba a hacerle la anhelada visita.

—Pero usted acaba de decirme que tiene una hija —dijo Damián lleno esperanzas y temores.

—¡Mi hija!... Mi hija es poderosa. Búsquela usted. Hoy se llama la marquesa viuda de Vicencio, vive en Méjico... Búsquela usted; pero será inútil; nada quiere mío y verá usted cómo, si se presenta en mi nombre, ni siquiera se digna recibirle. Usted no sabe cuántas veces he ido a implorar de rodillas que me permitiera darle un beso paternal ¿y sabe usted lo que ha hecho cuando he logrado verla? Pues ha mandado a sus criados que me arrojen de su casa. Mil veces de palabra y por escrito le he ofrecido mi fortuna a cambio de una mirada filial, y siempre me ha contestado con el mismo desdén.

—Pero ¿qué motivo tiene para semejante desvío?

—Ninguno; pero llega a tal punto, que no quiere reconocer en mí a su padre. Así, noble joven, no dude usted en aceptar la fortuna que le ofrezco, porque ella no había de admitirla de ningún modo. Si quiere usted acallar escrúpulos de conciencia, vaya a verla y ofrézcasela, y en el caso improbable de que la acepte, aún puede usted ser rico quedándose con la tercera parte, de la que puedo disponer a mi antojo.

En las visitas sucesivas insistió el viejo en sus revelaciones e hizo prometer a Damián que aceptaría la herencia, y le dió unos papeles en que se indicaba puntualmente el sitio en donde estaban enterradas las riquezas.

Murió el viejo y Damián creyó ver realizados los sueños de su vida y se consideró poderoso. Vendió lo poco que había heredado de sus padres para costear su viaje a Méjico, pensando en dirigirse en primer término a la hija de su bienhechor, más que para satisfacer su conciencia, con el fin de hacer mayor su fortuna si lograba conquistar la simpatía y la mano de la marquesa viuda. Apenas llegado, preguntó por ella y supo que, en efecto, era una de las personas más ricas y bienquistas del país, con lo cual vio que el viejo no le había engañado. Solicitó una audiencia de la ilustre dama, tomando el nombre de su difunto vecino, y la marquesa se negó a recibirle a pesar de sus repetidas instancias.

En vista de lo cual, dispuso y emprendió los trabajos de excavación en el lugar en que, según los papeles que le dejó el difunto, debía estar el tesoro. Los planos y demás noticias indicaban perfectamente el sitio, de modo que ya no le cabía la menor duda: iba a ser rico.

¡Con cuánta ansiedad presenciaba y dirigía los trabajos! Cada golpe de piqueta le parecía nuncio de inefable ventura.

Cuando calculó que faltaba cavar muy poco para encontrar el tesoro, mandó suspender los trabajos pensando concluirlos él mismo en el silencio y soledad de la noche para que nadie pudiera saber lo que buscaba.

Llegó la noche, y Damián, a la luz de la luna, cavó horas enteras sin sentir el cansancio, ni aun limpiarse el sudor que en gruesas gotas caía de su frente. Era la primera vez que trabajaba.

A la profundidad marcada con admirable precisión por los planos del viejo, descubrió al fin entre la tierra un cofrecillo de madera, cerrado con llave y reforzado además con cintas de hierro. Impaciente y febril,

trató de abrirlo, pero no pudo. Si le daba un golpe con la piqueta podría destruir alguna joya de valor... Era necesario diferir su felicidad y llevarse el cofre a su casa para abrirlo con herramientas a propósito.

Se dirigió a la fonda con pasos cautelosos, y en cada transeúnte imaginaba ver un ladrón o un individuo de policía que iba a pedirle cuentas de sus acciones y a confiscarle los bienes del anciano.

Al entrar en poblado sintió que le faltaban las fuerzas. El trabajo, rudo para él, y las varias emociones que había sentido, en pocas horas le habían aniquilado, y comprendió que de seguir podía desmayarse en el camino, abandonando su tesoro a la rapacidad de cualquier malvado. A pesar de su impaciencia creyó necesario dilatar la apertura del cofrecillo y entró en un café a tomar algo para reparar sus fuerzas.

En la mesa inmediata a la en que se sentó hablaban de política varios sujetos, entre los que reconoció a un compañero de hotel y vecino suyo en la mesa redonda.

—El actual presidente no puede hacerlo peor—decía uno de los comensales.

—Mejor hubiera gobernado el bueno de don Anselmo Echevarría—dijo el conocido de nuestro héroe, sonriendo.

Al oír aquel nombre, Damián abrió desmesuradamente los ojos y aplicó el oído. Anselmo Echevarría se llamaba el dueño de la inmensa fortuna, el pobre viejo de la buardilla.

En el grupo vecino no volvió a hablarse del muerto.

Cuando se retiraron los políticos, el conocido de Damián se acercó a su mesa y le dijo:

—Si va usted a la fonda, le esperaré un rato y podemos ir juntos.

Mucho disgustó a Damián la cortesía, pero no

supo qué contestar. Y entrando en conversación, se atrevió a decir:

—¿Usted conoció a don Anselmo Echevarría?

—¿Quién no conoce en Méjico al constante pretendiente a la presidencia de la república, al padre putativo de la marquesa viuda de Vicencio?—dijo el conhuésped sonriendo siempre.

—Y esa mujer, ¿por qué no quería a su padre?

—preguntó Damián.

—¿A Echevarría?

—Sí.

—¿Pero usted conoce a Echevarría?

—Le he conocido en Madrid.

—¿Y no sabe usted quién es?

—Sólo sé que era un distinguido hombre político y el padre de la marquesa . . .

—¡Pero usted le ha tratado y no ha conocido que era un pobre loco!

—¡Loco!—dijo Damián sintiendo que le faltaban de nuevo las fuerzas.

—Loco rematado. Era un pobre maestro de escuela que se creía inmensamente rico, hombre público muy importante, con derecho a la presidencia de la república y siempre perseguido por sus contrarios. Creía además que la marquesa de Vicencio era una hija que se le murió hace muchos años, y con esta manía ha dado serios disgustos a esa señora.

Al oír esto, el pobre soñador cayó sobre el diván presa de un síncope.

Al despertar a la mañana siguiente se halló acostado en su cama, y vio sobre la mesita de noche el cofrecillo que debía encerrar su tesoro. Lo descerrajó con un resto de esperanza y lo encontró lleno de pedazos de vidrio.